

Solemnidad de Pentecostés – Santa Misa (08-06-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Esta fiesta fundamental de nuestra fe nos recuerda que todos hemos recibido de Jesús el Espíritu Santo para testimoniar su amor en nuestra vida porque todos, si somos creyentes, es por la gracia del Señor, porque Él nos ha mostrado su camino y quiere que, a su vez, todos los seres humanos encuentren ese mismo camino, el camino de la inspiración para actuar de acuerdo a Dios, más allá de los otros espíritus que nos tientan o están presentes en nosotros, pero que no son suficientes para poder realizar todo lo que Dios quiere con nuestra humanidad, es decir, hacerla plenamente feliz.

El orden en que se da el Espíritu es al revés de las lecturas que hemos visto. Primero, hubo una entrega íntima en el corazón de la situación de miedo que tenían los discípulos apenas ha muerto Jesús, que aparece y sopla sobre ellos. Y, después, tenemos el texto de los Hechos de los Apóstoles (2,1-11), en que irrumpen el Espíritu en fuerza y salen a anunciar el Evangelio. Esta sucesión es al revés de cuando fue la Creación. Primero irrumpió el *Ruaj*, con el cual las aguas se separan, las aguas de arriba y las aguas de abajo, y empieza la creación. Y, cuando crea el ser humano, le da su espíritu íntimo, su *nefesh*. Son dos nombres que tiene el Espíritu, *ruaj* y *nefesh*. *Ruaj* significa el viento huracanado, fuerte, esos vientos tremendos que nos levantan y se llevan la ropa del tendedero. Y,

simultáneamente, el *Nefesh*, que es el espíritu delicado, profundo. Eso fue primero en la creación: fuerte y, después, sencillo, íntimo. Aquí es al revés. Jesús primero comunica a sus discípulos el Espíritu para perdonar, para amar.

Por eso, el evangelio de san Juan (20,19-23) dice: “*A quienes perdonen los pecados les serán perdonados, a quienes los retengan les serán retenidos*”. Y bien dicho está aquí: “a quienes retengan”. Retener es una manera de corregir, de hacer esperar, como nosotros le ponemos una pequeña norma al niño para que no haga travesuras, pero no estamos todo el tiempo amarrándolo a una pata de una mesa para que no se escape, y con toda la vida con su mesa a todas partes del mundo. El Señor ha venido para perdonar permanentemente a la humanidad, que significa persistir en su don para que el ser humano aprenda a ser un don, un regalo para los demás.

Y, por eso, el Espíritu es un don gratuito, es un don sobre el cual todos hemos sido creados y que nos acompaña siempre, no nos deja, no nos abandona jamás. Y, por eso, también, hoy día los festejamos porque, en la Iglesia, ese Espíritu hace siempre recrear la forma de vivir la Iglesia, genera nuevas iniciativas, nuevas formas de misión que, como ustedes saben, es la única misión de anunciar el Evangelio de Jesús. Y, sobre todo, lo hace para una situación muy difícil que siempre ha existido en el mundo porque existe el pecado, y ese pecado es personal, pero, también, es un pecado social; y Dios quiere no solamente el beneficio personal de una persona que es santificada por el Espíritu, sino, también, el bien de toda la humanidad que

pueda reconocer el don más preciado que tenemos de ser hijos.

El Espíritu Santo nos hace hijos, es el Padre que nos manda el Espíritu del Hijo para que todos aprendamos a ser hermanos. Por eso, hoy día, vamos a recordar algunas palabras del Santo Padre León XIV que ha dirigido en el marco del Jubileo de los Movimientos, y que tiene mucha importancia porque nos hace ver la grandeza que haya pequeños grupos u organizaciones en la Iglesia que se formen a partir de una inspiración, pero que están siempre ligados a la Iglesia en su conjunto, no separados ni haciendo cosas paralelas a la Iglesia, como ha pasado en algunos casos excepcionales.

Dice el Santo Padre:

La tarde de mi elección, mirando con conmoción al Pueblo de Dios aquí reunido, recordé la palabra “sinodalidad”, que expresa felizmente el modo en el cual el Espíritu modela la Iglesia. En esta palabra resuena el syn —que quiere decir con— que constituye el secreto de la vida de Dios. Dios no es soledad. Dios es “con” en sí mismo —Padre, Hijo y Espíritu Santo— y es Dios con nosotros. Al mismo tiempo, sinodalidad nos recuerda el camino —odós— porque donde está el Espíritu hay movimiento, hay camino. Somos un pueblo en camino. Esta conciencia no nos aleja, sino que nos sumerge en la humanidad, como levadura en la masa, que la fermenta toda. El año de gracia del Señor, del que es expresión el Jubileo, tiene en sí este fermento. En un mundo quebrantado y sin paz el Espíritu Santo

nos educa a caminar juntos. La tierra descasará, la justicia se afirmará, los pobres se alegrarán y la paz volverá si dejamos de movernos como predadores y comenzamos a hacerlo como peregrinos.

Qué importante es que promovamos una Iglesia peregrina que camina con el mundo y lo ayuda a encontrar el camino de la paz. Dice también el Papa León XIV:

Ya no cada uno por su cuenta, sino armonizando nuestros pasos con los pasos de los demás. No consumiendo el mundo con voracidad, sino cultivándolo y custodiándolo, como nos enseña la Encíclica Laudato si'.

Dios ha creado el mundo para que nosotros estuviésemos juntos. “Sinodalidad” es el nombre eclesial de esta conciencia. Es el camino que pide a cada uno reconocer la propia deuda y el propio tesoro, sintiéndose parte de una totalidad, fuera de la cual todo se marchita, incluso el más original de los carismas. Miren: toda la creación existe sólo en la modalidad del existir juntos, a veces peligroso, pero aun así juntos siempre (cf. Carta enc., Laudato si' 16; 117). Y esto que nosotros llamamos “historia” toma forma sólo en la modalidad de encuentro, de una convivencia, frecuentemente en medio de disensos, pero aun así una convivencia. Lo contrario es mortal y desgraciadamente está ante nuestros ojos cada día. Que sus agregaciones y comunidades sean entonces gimnasios donde se practique la fraternidad y la

participación, no sólo en cuanto lugares de encuentro, sino en cuanto lugares de espiritualidad.

Y hay una cosa muy importante en el texto que hemos leído hoy día, el texto de Hechos de los Apóstoles (2,1-11), que anuncia que esta fuerza del Espíritu no consiste en una especie de terremoto. Si bien es cierto hay ese signo, inmediatamente se reparte ese Espíritu en forma de fuego y hace que los discípulos hablen y sean entendidos en todas las lenguas. Esto es sumamente importante porque esto tiene que ver con nuestra evangelización.

Si cuando anunciamos el Evangelio a los cristianos lo queremos hacer en nuestros términos, con nuestro lenguaje, entonces, la gente no nos entiende. Qué lindo es ver que las mejores imágenes de la evangelización y de las misiones que hemos tenido en la historia de la Iglesia ha sido cuando pudieron traducir a sus costumbres y a sus lenguas, en sus propias orientaciones y proyectos, la naturaleza más profunda del amor de Dios. Y los primeros misioneros del mundo supieron hacer eso. Uno de ellos es nuestro Papa León, León XIV, que supo anunciar el Evangelio en Chiclayo. Y, por eso, tradujo a esa vida chiclayana un Evangelio que ha aprendido fuertemente y que se ha unido a las misiones antiguas de los primeros evangelizadores como Toribio de Mogrovejo y los dominicos, que supieron traducir y hacer que en nuestro pueblo surgiera la fe cristiana como una unidad dentro de sus costumbres.

Leamos el último párrafo que nos ayuda a todos para poder entender claramente nuestra misión:

La evangelización, queridos hermanos y hermanas, no es una conquista humana del mundo, sino la infinita gracia que se difunde a través de vidas transformadas por el Reino de Dios. Es el camino de las bienaventuranzas, un itinerario que recorremos juntos, en continua tensión entre el “ya” y el “todavía no”, hambrientos y sedientos de justicia, pobres de espíritu, misericordiosos, mansos, puros de corazón, constructores de paz. Para seguir a Jesús en este camino que Él ha elegido no sirven poderosos protectores, compromisos mundanos o estrategias emocionales. La evangelización es obra de Dios y, si a veces pasa a través de nuestras personas, es por los vínculos que hace posible. Estén por tanto profundamente ligados a cada una de las Iglesias particulares y a las comunidades parroquiales donde alimentan y gastan sus carismas. Cerca de sus obispos y en sinergia con todos los otros miembros del Cuerpo de Cristo actuaremos, entonces, en armoniosa sintonía. Los desafíos que la humanidad enfrenta serán menos espantosos, el futuro será menos oscuro, el discernimiento menos difícil, si juntos obedeciéramos al Espíritu.

Por eso, hoy día, estamos reunidos también aquí con los movimientos y todo el Pueblo de Dios para comprometernos hondamente en seguir el camino juntos que nos permite cada uno, en su carisma, pero, simultáneamente, sabiendo que estamos al servicio de toda la Iglesia. Y, así, marcharemos juntos y seremos una sola Iglesia viva capaz de anunciar el Evangelio y hacer posible que la paz

realmente se introduzca en el mundo, la justicia y el bien común para todos.

Alegrémonos, por eso. Feliz Fiesta de Pentecostés para todos y para todas.

Amén